

Comunidad Católica de Lengua Española

Remscheid-Wuppertal-Wermelskirchen-Langenfeld

Hoja 231 – 24.03.2024

Lectura según Isaías

Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabilaba el oído, para que escuche como los iniciados. El Señor me abrió el oído; y yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos.

El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Isaías 50,4-7



Lectura según los Filipenses

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre"; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Filipenses 2,6-11

Hoy también es Domingo de Ramos



La entrada de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos no nos queda tan lejos. Mientras llegaba, Jesús miraba de lejos a la tierra donde iba a padecer tanto y veía gente que le alababan con palmas. Estaban contentos, pero no plenos del Señor. Los apóstoles mismos estaban dando saltos por la gran acogida que estaba teniendo Jesús, pero él lloraba. Lloraba al ver una tierra que aparentaba felicidad y aparentaba que lo quería y

lo glorificaba, pero sólo Jesús veía la verdad, veía un pueblo vacío, ignorante de lo que venía hacer en este mundo y parecía que ni los más cercanos a él lo habían entendido o lo habían escuchado durante este tiempo atrás.

Y efectivamente las lágrimas de Jesús eran ciertas tras el aparatoso recibimiento. Entró en el templo y vio que el ser humano había corrompido la casa de oración de su Padre. Fue entonces cuando las lágrimas se convirtieron en decepción y enfado... ¡Jesús enfadado! ¡enfadado y serio!, porque en el interior del templo no había nada... Y pensaremos «¡pero si no estaba vacío!». Pero, sin embargo, allí no había nada que ofrecer a Dios...

Me imagino a Jesús entrando en el mundo de hoy. Vería a muchos cristianos subiendo frases a Instagram, fotos o textos sobre el Domingo de Ramos. Vería cómo muchos le alaban en Semana Santa y se emocionan con los pasos... Vería cristianos teniendo una fe superficial, una fe de Instagram...

Entraría en este mundo como entró en Jerusalén llorando.

¡Porque cuánto se lleva aparentar hoy en día...! Me pregunto qué vería si entrara en el templo de cada uno de nosotros, si entrara en nuestro interior. Porque, al fin y al cabo, cada uno somos templo de Dios.

Probablemente se entristecería al ver que hemos llenado la casa de Dios de absolutamente nada importante. Y así, no sabemos tener una relación de verdad, una relación íntima con el Padre. Es hora de dejar que Jesús suelte las palomas y tire las mesas de nuestro interior. Es hora de dejarnos de mensajes en redes y de aparentar y empezar a limpiar nuestro corazón.

Jesús ni quiere recibimientos triunfales, si éstos están vacíos. Quiere sinceridad, autenticidad, dedicación.... Porque, está muy bien compartir lo que tanto nos llena, pero tenemos que dejar primero que nos inunde el corazón de amor, tener un sitio transparente para acoger la muerte y Resurrección de Dios.

Es hora de dejarnos de postrear, de olvidarnos del momento foto y empezar a buscar a Dios y así sentir y afrontar la vida que tenemos en nuestro interior.

Patricia Melgarejo



Reflexión al Evangelio



Jesús contó con la posibilidad de un final violento. **No era un ingenuo.** Sabe a qué se expone si sigue insistiendo en el proyecto del reino de Dios. Es imposible buscar con tanta radicalidad una vida digna para los «pobres» y los «pecadores» sin provocar la reacción de aquellos a los que no interesa cambio alguno.

Ciertamente, Jesús no es un suicida. **No busca la crucifixión.** Nunca quiso el sufrimiento ni para los demás ni para él. Toda su vida se había dedicado a combatirlo allí donde lo encontraba: en la enfermedad, en las injusticias, en el pecado o en la desesperanza. Por eso no corre ahora tras la muerte, pero tampoco se echa atrás.

Seguirá acogiendo a pecadores y excluidos, **aunque su actuación irrite en el templo.** Si terminan condenándolo, morirá también él como un delincuente y excluido, pero su muerte confirmará lo que ha sido su vida entera: confianza total en un Dios que no excluye a nadie de su perdón.

Seguirá anunciando el amor de Dios a los últimos, identificándose con los más pobres y despreciados del imperio, **por mucho que moleste en los ambientes cercanos al gobernador romano.** Si un día lo ejecutan en el suplicio de la cruz, reservado para esclavos, morirá también él como un despreciable esclavo, pero su muerte sellará para siempre su fidelidad al Dios defensor de las víctimas.

Salvación, acogida, perdón

Lleno del amor de Dios, seguirá ofreciendo «salvación» a quienes sufren el mal y la enfermedad: dará «acogida» a quienes son excluidos por la sociedad y la religión; regalará el «perdón» gratuito de Dios a pecadores y gentes perdidas, incapaces de volver a su amistad. **Esta actitud salvadora, que inspira su vida entera, inspirará también su muerte.**

Por eso a los cristianos nos atrae tanto la cruz. Besamos el rostro del Crucificado, levantamos los ojos hacia él, escuchamos sus últimas palabras... porque en su crucifixión vemos el servicio último de Jesús al proyecto del Padre, y el gesto supremo de Dios entregando a su Hijo por amor a la humanidad entera.

Para los seguidores de Jesús, celebrar la pasión y muerte del Señor es **agradecimiento emocionado**, adoración gozosa al amor «increíble» de Dios y llamada a vivir como Jesús, solidarizándonos con los crucificados. **J. A. Pagola**

Jueves santo - El abandono confiado



Hay un escritor reconocido que dice que la caridad es ejercida en vertical y que, por tanto, es mucho mejor la solidaridad que se ejerce en horizontal. Los cristianos no compramos la idea sin más. Hoy, Jueves Santo, celebramos la experiencia de la caridad derrochada sin límites. Es cierto que es una experiencia vertical, donde Jesús desde arriba se va abajando para encontrarse con nuestra pobreza más real y más humana.

Ese dinamismo de Dios lo expresan bien los gestos protagonistas del Jueves Santo: partir el pan y compartirlo, ceñirse la toalla y abajarse a lavar los pies, posar el rostro en tierra orando con miedo entre los olivos del Huerto. Todos ellos, gestos que sólo se pueden hacer por amor. ¿Quién se entrega a otro si no es porque le ama? ¿Quién lava los pies si no es por expresar ternura? ¿Quién entrega la vida, a pesar del sufrimiento que conlleva, si no es por el anhelo de mostrar amor verdadero? Lo que Jesús hace es para nosotros un reflejo del sueño de Dios para cada uno.

Un sueño traspasado por la caridad cristiana. La solidaridad se queda corta. No es que sea mala, que no lo es. Ojalá muchos más fueran solidarios que nada. La radicalidad de la vida de Jesús nos enseña que lo que recibimos de arriba, el amor, hay que ponerlo en lo de abajo, la caridad. La enseñanza nos sitúa en el intento de colocar en el centro de nuestra vida el amor recibido. Toda una tarea de hacer verdad aquello que en cada eucaristía oramos: «haced esto en memoria mía». Un ejercicio de amar a Dios, a los prójimos, a nosotros mismos, desde esa corta distancia.

Los escenarios del Jueves Santos nos obligan a movernos interiormente, desde el banquete compartido en caridad al suelo frío del Huerto de los Olivos, donde Jesús experimentó la angustia que toda persona vive al sentir que su vida es donación. Este dinamismo es sólo un movimiento a constatar lo más importante. Sólo el amor hace capaz el abandono confiado. Todos nos podemos reconocer en lo que siente Jesús: la nostalgia de la despedida, la tristeza de la soledad, el miedo al más allá... y el sufrir para dar vida. Sólo el amor hace posible que una vida sea abandonada confiadamente en otra Vida.

No olvidemos a lo que estamos invitados: compartir la mesa del banquete en fraternidad y caridad, que no es otra cosa que a ensanchar nuestro corazón para que muchos otros quepan y disfruten de la alegría del amor. Sin idealismos, porque nos toca pasar por la noche del silencio y la soledad, para valorar si nos merece la pena, si somos capaces de abandonarnos sin más. Sin embargo, quedamos adormilados ante el misterio. Un misterio que nos recuerda que podemos padecer, sufrir, quedar heridos... por el amor, la vida y la muerte... pero jamás desamparados. En el Jueves Santo, nuestra fe nos sitúa en el trayecto que va del ejercicio de la caridad a la presencia de un Dios que acompaña siempre nuestra vida entregada.

David Cabrera, sj

Tarde de Viernes Santo

Tu vida se veía destruida,
pero tú alcanzabas la plenitud.

Aparecías clavado como un esclavo,
pero llegabas a toda la libertad.

Habías sido reducido al silencio,
pero eras la palabra más grande del amor.

La muerte exhibía su victoria,
pero la derrotabas para todos.

El reino parecía desangrarse contigo,
pero lo edificabas con entrega absoluta.

Creían los jefes que te habían quitado todo,
pero tú te entregabas para la vida de todos.

Morías como un abandonado por el Padre,
pero él te acogía en un abrazo sin distancias.

Desaparecías para siempre en el sepulcro,
pero estrenabas una presencia universal.

¿No es sólo apariencia de fracaso
la muerte del que se entrega a tu designio?

¿No somos más radicalmente libres,
cuando nos abandonamos en tu proyecto?

¿No está más cerca nuestra plenitud,
cuando vamos siendo despojados en tu misterio?

¿No es la alegría tu última palabra,
en medio de las cruces de los justos?

Benjamín González Buelta, sj